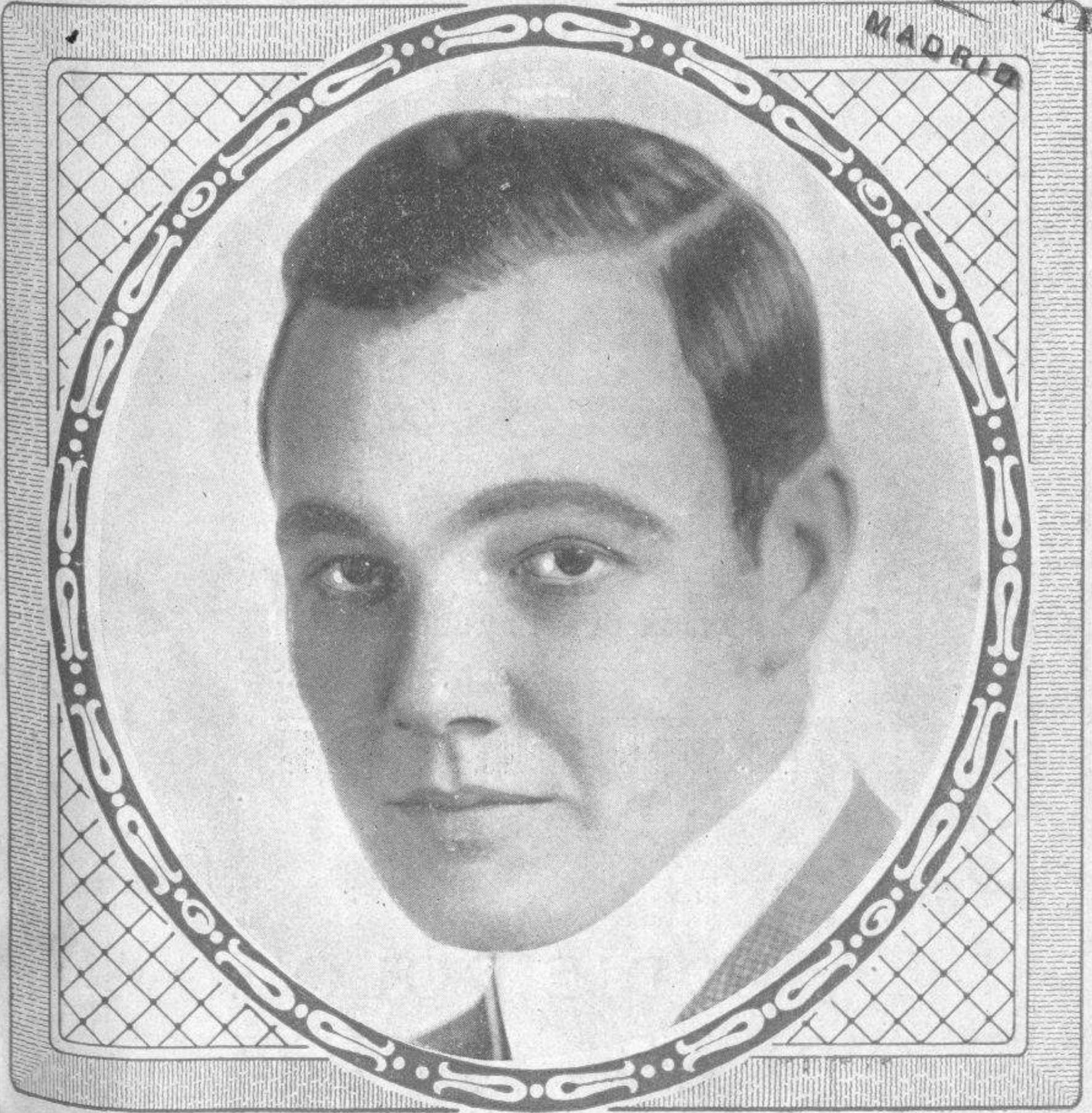


TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

MADRID



CHARLES RAY

35 CTS

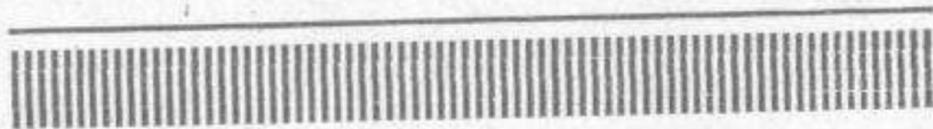
CUADERNO Nº 5

EL PRÓXIMO CUADERNO

ESTARÁ DEDICADO A

**WILLIAM
DUNCAN**

El formidable artista de series,
que une a su valor indomable
una fuerza de titán y una agilidad
:: sorprendente ::



EN PREPARACIÓN:

:: EDDIE POLO ::
PEARL WHITE
WALLACE REID

TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

CHARLES RAY

POR

MICROME GAS

UNA COMPAÑÍA DE BAN-

: : : : : DIDOS : : : : :



ACE unos ocho o diez años, una compañía de bandidos recorría, si no en la clásica carreta de la farándula, en la no menos clásica tercera de los trenes mixtos, los pueblos californianos, cuya vida se desarrolla en una primitiva simplicidad.

Formaban aquella compañía un primer actor de bigotes de carabinero y de voz un poco ronca, a la que el exceso de whisky tal vez no fuese ajeno; una primera actriz, rubia como Ofelia y amiga del licor como su compañero; una dama joven, que de joven no tenía más que el nombre; una característica, que, guardando una finca por la noche se la confundiría con un mastín monumental, y un galán joven, tímido como una gacela y desgarrado como una institutriz inglesa.

Este galán joven, sobre el que descargaban sus iras las patronas de las casas de huéspedes pueblerinos, no era otro que Charles Ray, el artista enciclopédico que hoy ocupa nuestra atención.

La compañía, como débil embarcación perdida en la inmensidad del Océano, iba dando tumbos de uno en otro pueblo, perdida la dirección, llevando el compás a sus principales figuras.

Jamás se trazaba un itinerario. Cuando las primeras representaciones en un pueblo les producían un resultado pecunario satisfactorio, la compañía sentaba sus reales entre los indígenas y de allí no se movía hasta que el pueblo, instigado por los muchos acreedores de los artistas, se encargaba de echarlos.

En aquellas ocasiones trágicas, Charles Ray era señalado por sus directores para ejercer el difícil papel de diplomático, suavizando asperezas y llevando las discusiones por un terreno que permitiese parlamentar.

A veces, estas gestiones del actor en germen, daban un resultado eficaz, y aquellas gentes rudas, convencidas por las palabras melosas de Ray, se avenían a tratar con los cómicos.

Pero, en cambio, otras veces, patronas hostiles, fondistas que se santiguaban en cuanto veían a un cómico, se burlaban del señoritillo alto y desgarrado, y gracias cuando la cosa no pasaba de ahí. Porque de Charles Ray se cuenta que en una ocasión, habiendo la compañía quedado a deber al dueño de un bar, que en el pueblo tenía fama de bruto a carta cabal, y siendo Charles Ray el encargado de pagar la deuda con buenas palabras, el acreedor persiguió al cómico por todo el pueblo, disparando sobre él una granizada de tiros, que, a haber estado cargada la pistola con balas, seguramente no quedarían del popular actor cómico ni las cenizas.

Este susto parece que le costó a Ray quince días de cama en un pueblo vecino y tartamudear por espacio de meses.

Hemos llamado a esta compañía, de bandidos, y muy lejos está de nuestro ánimo referirnos, al usar la palabra gruesa, a esas pequeñas trampas hospederiles, inherentes a la vida pintoresca del cómico de la legua. No. Nosotros no somos capaces de censurar los apuros íntimos de estos hombres cuya vida no es más que una prolongación de las comedias que en el escenario representan.

Hemos preferido el insulto, porque la compañía en que Ray actuaba de galán joven en la escena y de parlamentario lejos de la luz de las candilejas, era una verdadera compañía de ladrones en lo que se refería a mutilar obras consagradas por el tiempo, apoderarse del pensamiento ajeno y estropear, en fin, con arreglos hechos a su gusto y antojo, comedias y dramas que luego no conocería ni el padre que los engendró.

¡En esto sí que eran dignos de la horca aquellos cómicos trotamundos, que tenían una fama poco envidiable por cierto, en las tabernas y las fondas de los pueblos del Oeste americano!

Veces hubo en que el primer actor y director le pareció que una obra moderna de Bernahrd Shaw encajaba perfectamente el monólogo de *Hamlet*, y allí lo coló, sin respeto a la memoria de Shakespeare, y lo dijo con un énfasis declamatorio, sin darse cuenta de que sus bigotes de carabinero y sus ojos de eterno borracho casaban muy mal con la pureza de alma del príncipe dinamarqués.

Charles Ray, como el más culto de los que formaban la compañía, era el encargado de variar las comedias que se compraban en Nueva York, cambiando el asunto, el diálogo y los nombres de los personajes y anunciándolas con el nombre de un autor que sólo existía en su memoria, a fin de no pagar los derechos reglamentarios.

Con este procedimiento, la compañía actuó durante varios años en aquellos pueblos de vaqueros y de mineros, hasta que un día, arrojados de todas partes, como el Judío Errante, y sin un fondo que recogiese sus pobres huesos maltratados por las inclemencias del tiempo y las largas y fatigosas caminatas, resolvieron, sentados sobre el césped hospitalario, la disolución de la banda y la absoluta libertad para cada uno de sus miembros.

EL ARTE POLICROMO DE

: : : CHARLES RAY : : :

¿Conocen ustedes el arte policromo de Charles Ray?

Seguramente. Este artista de múltiples facultades ha impuesto entre nosotros su vigorosa personalidad, en muy poco tiempo. Hace pocos años, su nombre era para el público español un enigma. No sabíamos nada de él, ni de su vida ni de su arte.

Los americanos, tan pródigos en derrochar propaganda cuando tratan de afirmar a un artista nuevo, escatimaron acerca de Ray la *réclame* periodística, con una ruindad poco común en ellos.

¿Era que sabían que el enciclopédico Charles le bastaba presentarse al público para triunfar?

¿Era que confiaban más en su arte que en los *suellos de contaduría* de los periódicos?

¿Era, tal vez, que creían que el nuevo actor no se merecía que gastasen dinero en acreditar su nombre?

Es posible que de todo hubiese en la decisión de los productores americanos.

Las primeras películas que conocemos del dúctil actor son una maravilla de interpretación. Son unas películas, que, ayudadas de una propaganda intensa, hubiesen obtenido éxitos enormes, mu-

cho mayores que los que obtuvieron al presentarse modestamente, obscurecidas entre los programas de cinematógrafos de segundo orden.

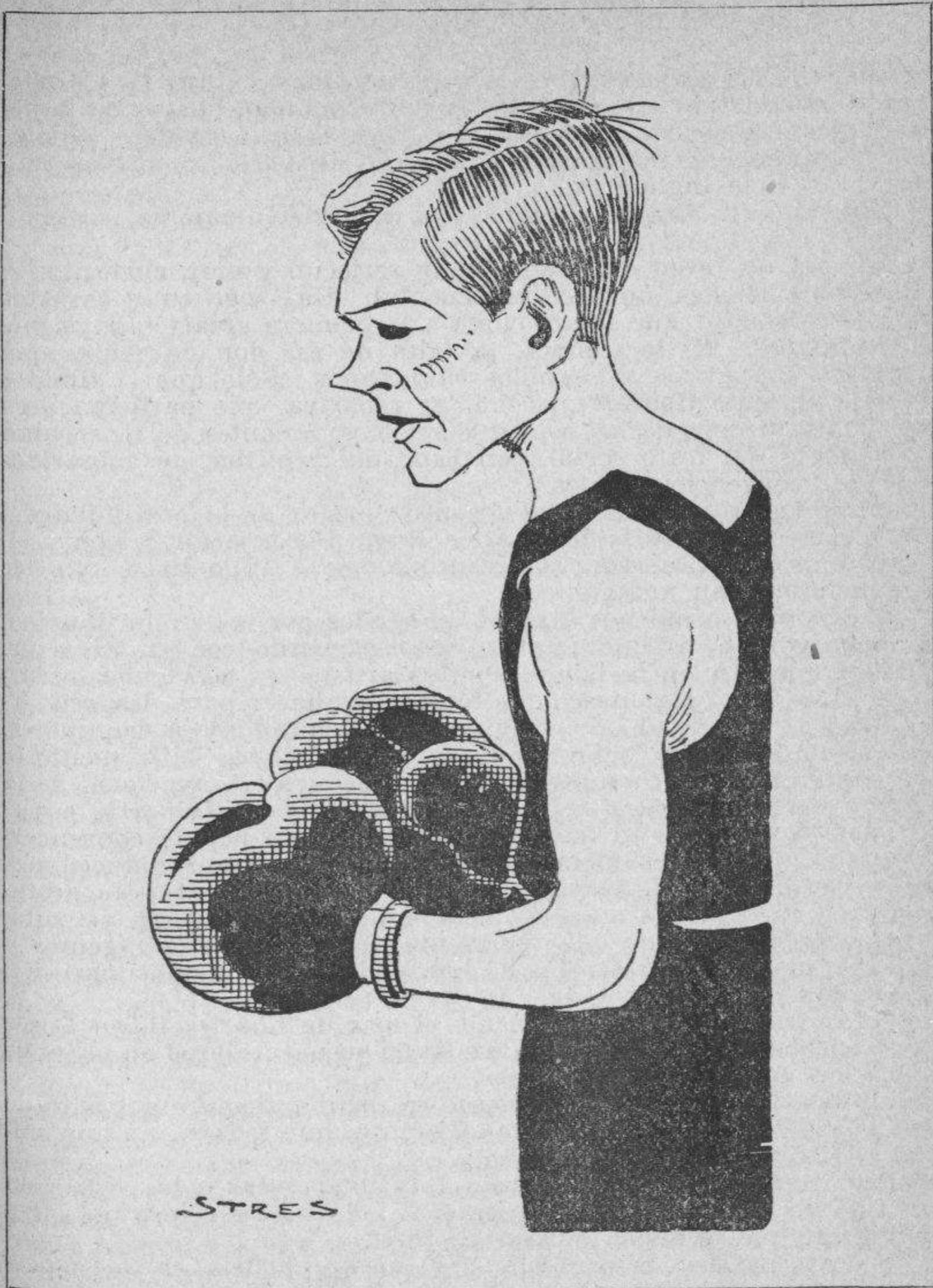
Pertenecían estas películas a la marca Triangle, que tantos artistas famosos hizo nacer en sus estudios. Todavía recordamos con placer, como unas joyas delicadas del arte cinematográfico, estos nombres: *El baile del labrador*, *Margarita la esclava* y *El menor de los Holbein*.

En *El baile del labrador*, Ray se nos presenta como un muchacho encogido, que apenas salido del pueblo, se encuentra en Nueva York, caminando atontado por las calles, mirando con asombro y espanto los tremendos rascacielos que parecen caérsele encima. Un día, encuentra a la puerta de un teatro un anuncio pidiendo un portero. Después de pensarlo mucho, entra, en el momento que los cómicos se hallan en el ensayo. Una carcajada general acoge su presencia, y Ray se pone muy colorado. La característica del personaje central de esa deliciosa comedia es el amor propio excesivo. Ya en el pueblo, en una ocasión, trató de montar un mulo salvaje, que lo arrojó dos veces al suelo en medio del regocijo del público. A la tercera vez, el jovencuelo se asentó tan bien sobre el lomo del mulo, que por muchos botes que dió el animal, no pudo desprenderse de aquella carga a que no estaba acostumbrado.

Algo análogo le ocurre ahora ante los cómicos burlones. El director, viendo el tipo pintoresco de aquel muchacho que a la fuerza quiere ser portero, trata de divertirse un poco con el recién llegado y le dice que lo contrata como bailarín. Tiene el joven un momento de duda, pareciéndole aquella labor excesiva para sus fuerzas; pero de un lado, su situación precaria en la gran ciudad, y de otro las sonrisas guasonas que ve en boca de los cómicos le empujan a decidirse, y como si le hubieran dado cuerda, baila como un loco, como bailarían una bruja sabática en noche de aquelarre, hasta que le falta la respiración, hasta que la vista se le nubla de tanta vuelta vertiginosa y los pies y las piernas se niegan a sostenerlo. Entonces cae en los brazos del director, que ha dejado de sonreír y contempla al joven pueblerino con una admiración profunda.

En *El menor de los Holbein* se nos presenta como un joven de la aristocracia inglesa, una de las aristocracias más rígidas del mundo.

El tipo que representa aquí es completamente opuesto al que crea en *El baile del labrador*. Ya no es el muchacho demasiado alto, cuyo rápido crecimiento ha dejado muy cortas las mangas de su chaqueta y las piernas de sus pantalones. Ahora es un joven elegante, tal vez un poco afectado, que usa monóculo y no se separa de sus guantes. Influidó más tarde por la vida vertiginosa americana, le vamos viendo cómo, paulatinamente, va desprendiéndose de los viejos hábitos de rigidez que aprendió en el vetus-



Charles Ray, pugilista

Caricatura de Stres

to solar de sus mayores y va adquiriendo más soltura en los ademanes, más desparpajo para andar por el mundo, hasta que la fiebre de los negocios se apoderan de él y ya es un verdadero yanqui, que, seguramente, inspiraría un poco de desdén a los nobles rancios de la vieja Inglaterra.

Lo vemos en *Margarita la esclava*, y la visión cambia por completo.

Es aquí un joven estudiante, muy seriecito y muy modosito, y, hasta en ocasiones, un poco sentimental. Hay algo en el carácter de este personaje, que se aproxima a la primera creación suya que mencionamos. Es la timidez, la falta de ese don de gentes que hace tan simpáticos a los pillos ciudadanos. Sólo que la timidez de este segundo tipo es una timidez reflexiva, que participa algo de la misantropía de los espíritus selectos, amantes de la soledad y enemigos del trato social, tan lleno de mentiras, de vulgaridades y de convencionalismos.

Por estas tres películas ya se puede juzgar de la ductilidad del temperamento artístico de Charles Ray. Pocos actores, como él, podrán desempeñar, con la naturalidad que él lo hace, papeles tan distintos, tan antagónicos.

Hemos visto a muchos artistas, obligados por las circunstancias, interpretar papeles que estaban en desacuerdo con su carácter. Inmediatamente, en la labor de estos artistas se adivinaba lo forzado, el esfuerzo gigantesco que tenían que hacer para desprenderse de su personalidad saliente y entrar, aunque fuese a empujones, en aquella otra psicología tan distinta de la suya. Difícilmente lo lograban a medias, y a nuestra memoria acuden las creaciones de la Bertini en *Frou-Frou*, y de Pola Negri en *Madame Dubarry*, cuyas artistas, a pesar de su buena voluntad, no han podido convencer-nos, más que en los momentos trágicos de ambas producciones, cuando el dolor había clavado ya su garra en el alma de la protagonista. En aquellos otros momentos del principio de la película, en que la actriz tiene que representar una muchacha ingénua y alocada, las artistas referidas no han podido darnos una impresión de verdad.

Lejos, muy lejos de esta ficción el arte de Charles Ray. Posee este artista el secreto de interesarnos con su naturalidad en la interpretación de toda clase de tipos.

Claro está que su temperamento se inclina siempre del lado de los muchachos tímidos, de los adolescentes que todavía no han mirado a la vida frente a frente.

Pero también le hemos visto a Ray interpretar a la perfección un tipo de vaquero rudo y violento al lado de ese coloso del cinematógrafo que se llama William S. Hart.

Todavía no hemos presentado a nuestro artista en su aspecto más fuerte de campeón de boxeo. Porque Charles Ray es un pugilista notable, que posee, sobre todo, una agilidad sorprendente

para burlar los golpes de su contrario. En innumerables películas le hemos visto boxear con ese entusiasmo que pone él en todas sus cosas, cuando las circunstancias le obligan a salir de su frialdad habitual, para entrar de lleno en los dominios de la locura más desenfrenada.

Por todas estas cualidades que hemos ido mencionando, Ray es hoy una de las figuras más completas de la cinematografía yanqui.

SUS PRIMEROS PASOS

: : : : EN LA VIDA : : : :

El día 15 de marzo de 1891, nació en la ciudad de Jackson, perteneciente al estado de Illinois, este hombre intrépido y genial, a quien se conoce en el mundo de los estudios por el nombre de Charles Ray.

Eran sus padres personas acomodadas y amantes del hogar, que no comprendían que la juventud pudiese seguir otros caminos que los de la moral seca y rectilínea y los del amor al trabajo y a la virtud.

Por eso, en cuanto el pequeño Charles pudo hacerse entender de sus hermanos los hombres, aquel matrimonio pensó, muy cuerda-mente, que las virtudes que ellos trataban de inculcar al chico pe-ligraban en el ambiente de la ciudad, siempre en contacto con el vicio y las malas costumbres.

Entonces decidieron encerrar aquella vida en germen entre los sólidos muros de un colegio, que erguía su fachada en pleno cam-po, lejos del bullicio malsano de la ciudad.

Allí se crió nuestro hombre, allí creció y se hizo fuerte y ágil entre los juegos atléticos que llenaban de voces y risas el parque en las horas de recreo y el aire sano que traía aromas de los pina-res vecinos.

Pero los años fueron pasando y en el cerebro de Ray la ima-ginación se desarrolló muy deprisa, pareciéndole pequeño el es-pacio dónde se movía, saltando por encima de aquellos muros que daban al colegio el aspecto triste de una cárcel, galopando por los campos, que reían siempre, con una carcajada inacabable de luz y de color, penetrando en las doradas ciudades, que eran para él como un cofre que encerrase las más agradables sorpresas.

Y vinieron las lecturas clandestinas de novelas de aventuras y de amores, que el futuro artista compraba a sus compañeros o cambiaba por la merienda. Y vinieron los sueños locos, los anhe-los indefinidos, las melancolías hasta entonces jamás sentidas, al

saber que sería en balde intentar romper los muros de aquella cárcel.

De vez en cuando, en las temporadas de vacaciones, Charles Ray visitaba la ciudad de Jackson, y sus padres, proporcionándole toda clase de distracciones honestas, lo llevaban al teatro.

Y, más tarde, en la soledad del dormitorio común, allá en el colegio antipático y hosco, el buen Charles despertaba a sus compañeros y las camas eran espectadores discretos de unas parodias teatrales, en las que Ray era siempre el protagonista, remedando a su modo los gestos y los ademanes de los actores vistos en la ciudad.

Aquel estado febril en que vivía el joven estudiante no podía dejar de dar sus frutos.

La idea de fugarse del colegio, que al principio le había parecido absurda y monstruosa, desechándola no bien llamaba a las puertas de su cerebro, empezó a desarrollarse, a adquirir forma, a hacerse una cosa posible y hasta de fácil realización.

Las dificultades gigantescas, que en otro tiempo le parecían moles inmesas de roca que le cerraban el paso, se iban disolviendo poco a poco y un optimismo riente lo invadía.

Una circunstancia imprevista vino a facilitar sus proyectos de fuga. Iba a celebrarse en el colegio el aniversario del fundador, y los directores, con objeto de dar amenidad a la fiesta, contrataron a una pequeña compañía de comedia, que daba funciones por los pueblos de aquellos contornos.

Ray vió en seguida la oportunidad de abandonar para siempre los muros sombríos del colegio, y cuando llegó la noche y la compañía se marchó con las comedias a otra parte, el colegial se quedó en el jardín, oculto detrás de un árbol.

Durante algunos momentos, pasaron y volvieron a pasar por ante él las sombras retozonas de sus compañeros y las sombras graves de los profesores. Después, todo quedó sumido en un silencio profundo, en un silencio de muerte.

La campana del colegio, llamando a la comida, rompió con tres notas vibrantes y sonoras la calma augusta de aquel lugar. Se iluminaron las ventanas del edificio y Ray vió pasar por detrás de ellas aquellas mismas sombras que antes poblaban el jardín.

No esperó más, sabiendo que era la hora en que, notada su ausencia, todos se lanzarían en su busca. Con una agilidad de gato trepó por un árbol cercano a la tapia, escaló ésta, y cuando se encontró arriba, de un salto prodigioso, que hubiese sido muy aplaudido en el cine, se arrojó al campo.

Mucho tiempo estuvo corriendo a través de la llanura sin fin, salpicada aquí y allá por las manchas negruzcas de los pinares y las graciosas siluetas de las colinas. El miedo no le permitía descansar; le parecía oír pasos que corrían velozmente detrás de



CHARLES RAY en «El niño mimado»



CHARLES RAY en «The Clodhopper»

él; creía escuchar, en aquella clara noche de Junio, los aullidos prolongados de los lobos.

De pronto, la luna apareció tras los pinares, mostrando una cara roja, congestionada, como la de un personaje de Rabelais. Y aquel rostro amigo, que era como un canto al optimismo, hizo el milagro de serenar a nuestro héroe.

Descansó Ray algún tiempo, tumbado plácidamente sobre la hierba, escuchando el concierto isócrono de los grillos y las cigarras y tal vez el canto lejano de un ruiseñor. Pero, temiendo dormirse, reanudó su marcha.

Estaba muy alta la luna en el firmamento, cuando el muchacho vió las primeras casas del pueblo que servía de albergue a los cómicos que habían representado en el colegio una comedia infantil.

UNA EMINENCIA DEL AR-

: : : TE DRAMÁTICO : : :

Charles Ray fué bien acogido por los cómicos pueblerinos. El director comprendió en seguida que la compañía se reforzaba notablemente con el concurso de aquel muchacho tímido y educado, que podía desempeñar en poco tiempo los papeles de galán joven.

Y entre todos los elementos que integraban aquel grupo empezó un pugilato de interés para ver quien aleccionaba mejor y más rápidamente al futuro actor.

Claro está que las lecciones del director — Charles Ray era el primero en reconocerlo — tenían una experiencia que, sabiendo aprovecharla, le servirían de mucho a nuestro hombre para triunfar en las tablas.

Pero el estudiante confesaba ingenuamente que se sentía más inclinado a seguir las indicaciones de Magda, la sobrina del director, que, además de seguir el moderno sistema pedagógico de «enseñar deleitando», era propietaria de unos ojos negros y grandes, que daban ganas de pasarse la vida a su lado, recibiendo sus lecciones y escuchando su charla ligera y amable.

Y llegó, por fin, el día del debut del novel actor, preparado con tanto esmero por los otros artistas.

Ray tenía que desempeñar un papel complejo y enciclopédico, en el que había que recitar unos versos enfáticamente, cantar unos clupés picarescos y bailar una giga americana.

Charles se pasó el día del debut en un estado de nerviosismo agudo. Cuando llegó la noche, después de cenar perfectamente, nuestro hombre se vistió y se preparó al sacrificio.

Al levantarse el telón, Ray tenía que aparecer en una posición

muy airosa y muy desenfadada, apoyada la pierna sobre un pretil y con una mano en la cadera. Había logrado serenarse, o al menos él lo creía así. Y cuando se levantó el telón, nada denunciaba en él, el esfuerzo titánico que estaba sostenido para conservar su serenidad.

Pero de pronto, notó con espanto que la pierna que tenía colocada sobre el pretil empezaba a temblar débilmente; a los pocos segundos, temblaba de una manera escandalosa, y poco después todo su cuerpo parecía sacudido por corrientes eléctricas.

¿Cuánto tiempo permaneció así?

El sostiene que fueron unos diez años, pero esto no parece verídico. Lo cierto es que estuvo temblando por espacio de algunos minutos, que a él se le antojaron siglos. Desde los bastidores los demás cómicos le hacían señas harto expresivas para que rompiera a hablar. Pero él no las veía, no veía nada, ni la sala, ni los bastidores, ni las luces; solamente veía el temblor espantoso de sus piernas y sus brazos, que no encontraba modo de combatirlo.

Mas, ¿para qué estaba entre bastidores Magda, su maestra gentil?

Le bastó dirigir al apurado debutante una mirada larga, muy larga de sus grandes ojos negros, para que el joven no se ocupase de su temblor y recobrase la serenidad por arte de encantamiento.

Lo que hizo Charles Ray aquella noche no es para descrito: recitó los versos románticos con una voz campanuda y sonora que le valieron un aplauso cerrado del público, que llenaba la sala, cantó como un jilguero y bailó la giga hasta desconjuntarse.

Y mientras los otros artistas, después de la función, celebraban el triunfo del nuevo actor, Magda, pretextando un dolor de cabeza, se retiró a su habitación.

EL PODER DE UNOS OJOS

: : : : : NEGROS : : : : :

Magda Roberts, la sobrina del director de la compañía, empezaba a interesarse demasiado por que Charles Ray hiciese siempre buen papel al lado de los otros cómicos y hasta se destacase un poco sobre ellos.

Esta táctica de la muchacha parece ser que no obedecía al egoísmo vulgar de que el arte de Ray llevase más dinero a la compañía.

Magda era una muchacha soñadora, a quien su vida andariega no le había proporcionado más relaciones que con rudos patanes de los pueblos y con charlatanes cómicos de la legua, que hacen de su vivir particular una prolongación de su vivir artístico.

Al ver a aquel muchacho tímido y educado, que se presentó a ella después de correr locamente a través de los campos durante una noche entera, solamente para satisfacer su ansia de aventuras, le pareció encontrarse ante un personaje de leyenda. Y, desde el primer momento, se constituyó en su protectora, concediéndole un cariño que tenía algo de maternal.

El día que Ray hizo su debut, Magda estaba más nerviosa y más inquieta que el estudiante. Lo ocultaba, eso sí, para darle ánimos a él. Pero temía, como una desgracia, que su nuevo compañero hiciese el ridículo ante el público, y, sobre todo, ante los otros cómicos de la compañía.

Por eso, cuando se terminó la función y se arrancó hasta el otro día la máscara de la farsa, la linda Magda, muy niña todavía, no se sintió con fuerzas para ocultar su emoción, y pretextó el dolor de cabeza para que nadie descubriese en sus miradas los gérmenes de su amor.

Envanecido con su triunfo, Charles Ray vivió en los días que siguieron una vida falsa y luminosa, en que la gloria le parecía una cosa cercana y accesible.

Y pasó al lado del amor sin verlo. Las insinuaciones ingenuas, las miradas ardientes de Magda, se perdían sin llegar a él. La trataba como a una compañera cariñosa y buena, le gustaba estar a su lado, hablar con ella, consultarle sobre cosas de bastidores que él ignoraba, pero... nada más.

Y esto era muy poco para lo que ambicionaba el alma romántica de la pequeña artista.

Pasaron algunos meses, y Magda, encastillada en su pudor y en su orgullo, sufría en silencio, ocultando su amor a los ojos de todos, comprendiendo que eran inútiles sus insinuaciones y sus miradas tan elocuentes.

Hizo falta que una nueva mujer entrase a formar parte de la compañía para que se resolviese aquella situación embarazosa.

Era ésta una cupletista descocada y cínica, que ocultaba los estragos del tiempo y del vicio bajo una capa de afeites y pinturas. Maestra en el arte de la coquetería, pronto fué Ray — el único hombre joven del grupo — un juguete entre sus manos expertas.

Con esto sí que no transigió Magda. Ella, tan sufrida, tan callada, tan amiga de esconder su amor, se rebeló contra esta mujer que iba a usurparle allí un puesto que sólo a ella le pertenecía. Y un odio mortal, un odio irreflexivo, se cruzó entre las dos mujeres, que representaban la primavera y el otoño de la vida.

Una tarde de ensayo, en que una penumbra suave se enseño-

reaba del escenario, Magda sorprendió besándose a Ray y a la vieja cupletista. Entonces, sin poder contenerse, agudizado su amor por los celos, pregonó a voces sus sentimientos, olvidada por completo de las trabas del pudor y del orgullo.

Y fué aquella noche cuando Charles Ray, sorprendido por la revelación inesperada, arrojó lejos de sí, con un gesto de desdén, a la cupletista y quedó preso en las redes de fuego que le tendían aquellos ojos negros y grandes, que encerraban en sus miradas un poema de amor.

LA FARÁNDULA PASA...

Pero la vida errabunda de la farándula rompió pronto aquel idilio.

Charles Ray progresó rápidamente en su arte, y bien pronto acuciado por aquel anhelo de correr mundo que le había impulsado a huir del colegio, abandonó a Magda y a sus compañeros, con la promesa de volver pronto a reunirse con ellos.

No volvió. La Farándula, la loca Farándula cubierta de cascabeles y de espinas y de flores, lo arrastró como a un guiñapo a través de los pueblos y de las ciudades de la República. Y cayó unas veces, creyendo no levantarse más, pero se levantó y subió muy alto, para caer de nuevo; siempre saltando, con saltos mortales; siempre sufriendo alternativas en su vivir agitado y tumultuoso, viéndose unas veces aplaudido en áureos teatros de gran ciudad y otras veces tratando de convencer a los irascibles fondistas de los pueblos.

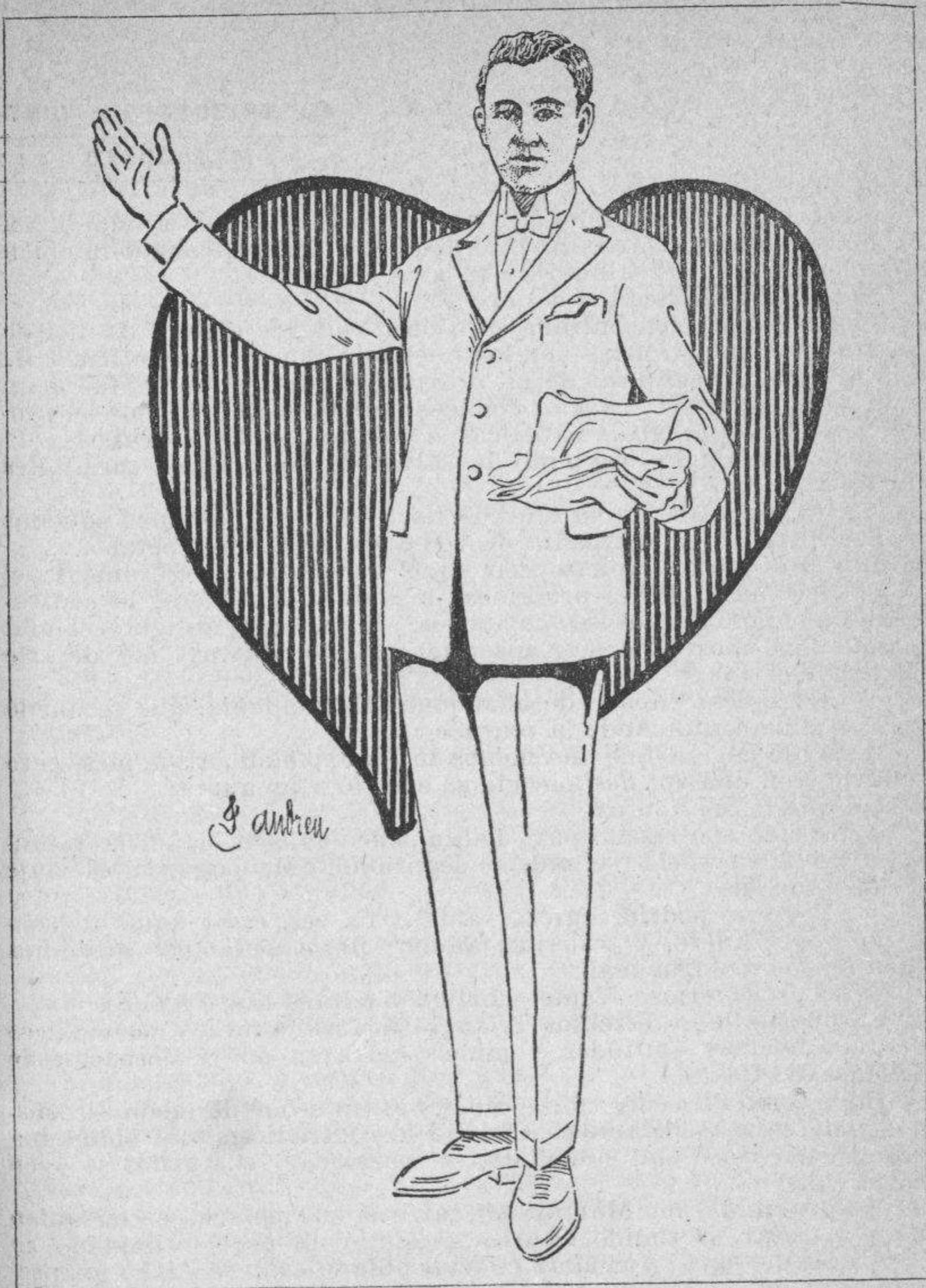
Sus padres jamás le perdonaron la locura de marcharse del colegio. Todas las cartas que les dirigió contando su vida y pidiendo perdón por su falta, quedaron sin respuesta.

Y Charles marchó por el mundo, satisfecha su ansia de aventuras, pero llevando muy metidos en su alma dos grandes dolores: el silencio de sus padres y el recuerdo de su amor por Magda.

Sus *tournées* artísticas no se limitaron a los Estados Unidos, sino que también traspasó las fronteras, llevando su gracia y su figura, un poco desgarrada, a las frías tierras del Canadá y a las ciudades nebulosas de Inglaterra.

Pero todo este vivir funambulesco no fué bastante a variar en lo más mínimo el carácter del joven actor.

Como en el momento de salir del colegio, Ray era entonces, después de varios años de lucha brutal, un muchacho ingenuo y franco, lleno de salud y de optimismo, y, tal vez excesivamente tímido si se le compara con sus compañeros de correrías.



Retrato de Charles Ray

Dibujo de J. Andreu

Como la mayoría de los actores teatrales que algo se significan en Norteamérica, Charles Ray no pudo por menos de pagar también al cinematógrafo el tributo de su arte.

Era el 12 de Diciembre del año 1912.

Charles Ray se encontraba en Nueva York, de regreso de una de sus *tournés* catastróficas por los pueblos. Sin saber qué hacer de su vida y sin esperanzas de un próximo contrato, Charles fué a un café donde se reunían varios cómicos amigos suyos y donde se proyectaban algunas giras artísticas a los pueblecitos cercanos a la capital, que alguna vez eran la salvación de aquellos sacerdotes de Talia.

Allí se encontró con su tocayo Charles Murray, que por aquellas fechas dirigía una compañía de vodeviles bastante aceptable.

Ray vió el cielo abierto con aquel encuentro. Seguramente el popular cómico, que le profesaba una amistad sincera, lo contrataría en cuanto le contase sus apuros. Y ya iba el antiguo colegial a soltar el chorro de sus miserias, cuando Murray, sin dejarle hablar le dijo:

— ¿No sabes? Acabo de abandonar la compañía, que se quedó en San Luis continuando la *tournee*.

A Ray le pareció que una bomba había explotado a sus piés, pero todavía, con una voz desfallecida se atrevió a preguntar:

¿Y qué haces ahora?

— He sido contratado para hacer películas cómicas en la Triangle. Un buen sueldo y mucha seguridad. Me pagaron el viaje desde San Luis.

— ¿Y yo no podría ingresar ahí?... Ya ves, estoy aquí sin contrato y sin dinero, y trabajar, aunque fuese nada más que unos días no me vendría mal.

— Lo probaremos. Vente conmigo y te presentaré a Ince.

La puerta de los estudios Triangle se abrió ante los dos cómicos de tan diversas aptitudes y ambos entraron en el despacho de Thomas H. Ince.

Ince, como buen director escénico, es un señor de modales bruscos y de escasas palabras. Cuando le contradicen o le obligan a repetir una frase mal entendida, se incomoda y sus gritos se oyen en la calle.

Ya prevenido por Murray del carácter del personaje con quien iban a tratar, el tímido Charles se sintió un poco intimidado en presencia del ogro; y cuando el actor bufo le explicó a Ince las pretensiones de su amigo y el director le preguntó con una voz de sochantre:

— ¿Usted qué sabe hacer?

Ray, sonriendo muy finamente, con una sonrisa de conejo, sólo acertó a balbucear:

— Lo que usted quiera...

Le hizo gracia a Ince la respuesta y, sin más conversación, envió al solicitante a las galerías para aguardar sus órdenes.

Se filmaba entonces una gran película, cuyos protagonistas eran nada menos que Francis Ford y Grace Cunard.

En esta producción se le confió a Ray un papel de no mucha importancia, pero que en algunos momentos tenía gran relieve en el desarrollo de la cinta.

Charles Ray hizo lo humano y lo sobrehumano para que su papel resultase una verdadera obra de arte, y durante una semana vivió en la gloria, cobrando todos los días un jornal que le permitía vivir con relativo desahogo.

Pero terminó su trabajo, y un día, hallándose paseando por la galería para matar el tedio, se le acercó un mozo y le dijo:

— De parte del señor Ince, que suba usted a su despacho.

Ray presintió la catástrofe. ¿Para qué le llamaría el terrible director. Seguramente para nada bueno. Y ya se veía de nuevo en la calle, buscando el contrato milagroso que fuese a sacarle de su penuria.

Subió al despacho y se quedó en la puerta, de espaldas a la escalera, aguardando con estoicismo el mazazo que iba a destruir su tranquilidad.

Ince, sin invitarle a entrar, casi sin mirarle, le soltó a boca de jarro:

Me ha gustado su trabajo. ¿Cuánto quiere usted ganar para firmar ahora mismo un contrato por dos años?

Charles Ray no contestó. Una nube densa se le puso ante los ojos, vaciló un segundo y cayó después rodando por las escaleras.

Cuando volvió en sí, se encontró con unos cuantos chichones en el cráneo, con algunos magullamientos en el cuerpo y con un contrato en blanco ante su vista, para que él lo llenase a su gusto.

Y el nuevo artista cinematográfico bendijo con toda su alma aquellos chichones.

Algún trabajo le costó a Ray adaptarse al nuevo arte. Una de las dificultades mayores que encontró fué la de usar monóculo, que Ince le exigió para el desempeño de ciertos papeles.

Su voluntad firme le salvó, en ésta como en otras ocasiones, pues Charles, viendo que aquel disco molesto no se le sujetaba en el ojo, se dedicó a llevarlo a todas horas, y ni para comer se lo quitaba y hasta se dormía con él.

De esta manera consiguió llevar el monóculo con elegancia y desenfado.

Bastante tiempo estuvo Ray en la Triangle, donde, como decimos

al principio, hizo algunas creaciones admirables, que nadie se atrevería a mejorar.

Después pasó a la Artcraf, donde actualmente se halla, siendo la última producción que de él conocemos la titulada *Libros y faldas*, una preciosa comedia de estudiantes.

Según él mismo confiesa, por ahora no piensa abandonar el cinematógrafo, que tan hospitalario se le mostró en los días difíciles de su bohemia.

En la actualidad es Charles Ray uno de los actores cinematográficos de América que más cobran por su trabajo, y hasta sus padres, que cuando era cómico de la legua no querían saber nada de él, acabaron por perdonar su falta leve al hijo aventurero y trotamundos, que supo en la vida elevarse muchos codos sobre la mediocridad de su origen.

EL ATLETISMO DE RAY

Charles Ray es también un atleta de músculos de acero, educado en ese ambiente de cultura física que existe en los Estados Unidos. Pero no es su saliente la fuerza, sino la agilidad. Por eso, el artista ya famoso, donde obtuvo más triunfos, en luchas y campeonatos, fué en el boxeo y en el *foot-ball*, dos deportes que requieren la agilidad como primer elemento.

Referente a su maestría en el boxeo, Ray se quejaba hace poco tiempo de que los directores de las manufacturas donde trabajó, desde que se dieron cuenta de sus habilidades para la lucha a puñetazos, a cada momento le obligaban a hacer creaciones en que el personaje era siempre un boxeador. Y como en las películas es necesario dar a la lucha toda la verdad posible, resultaba que Ray, al poco tiempo de descubrir sus aptitudes, tenía el cuerpo más deshecho que un profesional.

Tampoco el remo es un secreto para Charles, y en unas regatas celebradas en San Francisco de California obtuvo el primer premio, consistente en una copa de plata.

Ningún nuevo amor, después del de Magda ha turbado la existencia tranquila de Charles Ray. Y el hombre, entre sus deportes y sus distracciones de príncipe, ha llegado a los veintinueve años de su vida, sin apenas darse cuenta de que en el mundo hay un amor, cantado por todos los poetas, que une, con lazos de rosas las almas de un hombre y una mujer.

MICROMEAS